

José Sbarra

Aleandra



ALEANA, personaje dominante y devorador porque resume en sí todo el peso de las marginaciones milenarias y universales. Marginación que se proyecta en un plano mucho más despiadado que el de las raciales o políticas.

Una figura humana que asume la condición trágica de todos los marginados del egoísmo y la mediocridad humanos. Es la ineludible condena de aquel que asume la verdad, el amor, la libertad como actos naturales del vivir y choca contra el paredón de las convenciones sociales.

Más que una novela es un testimonio de amor, estremecido y estremecedor, un documento que reivindica el innato sentimiento único de la mujer y de la especie. Un drama apasionante, que respira poesía y que devuelve a la literatura argentina su jerarquía metafísica.

ALEANA, habitante de Buenos Aires: tal vez la vimos ayer en el subterráneo echando al aire sus discursos, José Sbarra sólo grabó a fuego su imagen —insobornable— dentro de una novelística aparentemente simple. Al talento creador le basta el ojo avizor, el que cala hondo en el corazón humano con el grave privilegio de mostrarnos esa luz original que la vida se empeña en ahogar. Admirable poder.

*A Marcel Zeballos
y Adán Danilo Casán*

Prólogo

Novela de estructura clásica y novedosa a la vez: simple y meridiana en la exposición de la realidad; complejísima en el desenvolvimiento interior de un personaje cotidiano y paradójico al mismo tiempo. Personaje dominante, devorador porque resume en sí todo el peso consciente de las marginaciones milenarias y universales. Marginación que se proyecta en un plano mucho más despiadado por el plano de las marginaciones raciales o políticas.

Lenguaje radioactivo, a veces coloquial, a veces brutal, y siempre intensamente conmocionante y poético por el clima que crea y porque la palabra es el instrumento con que imprevistamente restalla la luz, la verdad secreta, la belleza.

Una novela de factura originalísima, de desgarrante acusatorio. Un buceo en el abismo de la desolación tan racional como absurda.

Un personaje marginado que asume la condición trágica de todos los marginados, el egoísmo y la mediocridad humana. Es la ineludible condena de aquel que asume la verdad, el amor, la libertad como actos naturales del vivir y choca contra el paredón de las convenciones.

Nacer pobre, libre, inteligente y mujer, y pretender franquear el sitio, es tenderse la propia trampa, excavar la tumba, provocar el aislamiento que llevará al delirio, pero jamás al remanso de la locura total.

Mujer marginada que clama en el desierto del mundo actual y su cabeza está sentenciada, concentración de humanidad en esta mujer paridora de una nueva manera de

entender el mundo y condenada a todas las desolaciones, a todas las traiciones.

Más que una novela es un testimonio de amor, estremecido y estremecedor, un documento que reivindica el innato sentimiento lírico de la mujer y de la especie. Lo insólito es que un autor novel, un joven casi desconocido, logre atraparnos en un drama tan apasionante, que respira poesía y que devuelve a la novelística la jerarquía metafísica.

Obra que posee el ritmo narrativo de acontecimientos galopantes y su doble fondo oculta todos los sedimentos para un ensayo filosófico.

Singular estudio psicológico que determina las verdaderas causas de toda marginación individual y devuelve a la mujer la dimensión mágica de la poesía aún dentro del pozo ciego del horror.

Aleana será una habitante más de Buenos Aires: tal vez la vimos ayer en el subterráneo echando al aire sus discursos, José Sbarra sólo grabó a fuego su imagen —insobornable— dentro de una novelística aparentemente simple. El talento creador no necesita ingredientes demagógicos, elaborados o picantes. Le basta el misterioso ojo avizor, el que cala hondo en el corazón humano con el grave privilegio de mostrarnos esa luz original que la vida se empeña en ahogar. Admirable poder.

Syria Poletti

Nota preliminar

Cuando llegaron a mis manos eran escritos incoherentes, embarullados, pero contenían una insólita, despiadada sinceridad. Mi tarea fue la peligrosa tarea de un traductor: hacerlos inteligibles sin traicionar su naturaleza. Espero haberlo conseguido. Obviamente, los nombres fueron cambiados.

Doctor García Ferrantes

Clavaba la vista en el horizonte de cruces negras y blancas, llenaba un mate, me lo tendía sin mirarme. «Esta historia es nueva», decía.

Y era siempre la historia de un sapo al que un escorpión le rogó que lo ayudara a cruzar el río llevándolo sobre su lomo.

«El sapo se negó objetando que si le permitía subirse, éste podría clavarle su aguijón y matarlo. El escorpión le explicó que era grande su necesidad de cruzar el río y que no intentaría atacarlo, puesto que si lo mataba, también él moriría irremediabilmente a causa de no saber nadar. El sapo accedió por fin a llevarlo hasta la otra orilla. Pero justo en la mitad del río, el escorpión levantó su cola y clavó el aguijón envenenado sobre el lomo del crédulo animal. El sapo moribundo le preguntó por qué lo había hecho. El escorpión respondió: «No lo pude evitar», y también murió.

Viajaba casi recostada sobre el último asiento del colectivo. Llevaba puesta una pollera que yo misma había diseñado con una pollera que yo misma había diseñado con unas cortinas del caserón, de modo que estaba elegante, aunque las bolsas con la comida para mis gatos me desaliñaban un poco. Además me había atado a la cabeza el sombrero de señora fina que encontrara en el parque de las barrancas esa misma semana.

El joven se acercó hacia mí en cuanto terminé de comentarles a los pasajeros, que eran bastante indiferentes, mi opinión sobre los últimos crímenes políticos.

Mis antenas de aislada habían captado algo de la conversación que el joven mantenía con otro pasajero mientras yo discurseaba.

El pasajero más viejo le había avisado:

—No se dé vuelta, no la mire, porque si lo hace no se callará más y hasta puede armar un escándalo.

—¿Usted cree?

—Sí, joven, yo conozco a esta clase de locas —respondió el viejo, orgulloso de su sabiduría de chiquero.

—¿Y cómo sabe que está loca? —preguntó el muchacho.

Pero el viejo cerdo se apoyó en lo evidente, en lo más superficial: la realidad. Y exclamó:

—¡Vamos!, no me haga reír, ¿no ve que está hablando sola?

Entonces el joven respondió pausadamente:

—EL hecho de que hable sola, demuestra únicamente que está sola, y no que esté loca.

Después, sin hacer caso de las advertencias del otro pasajero, giró la cabeza y me sonrió. Fue justo cuando yo finalizaba mi discurso acerca de los crímenes políticos.

El Joven se acercó a la parte trasera del colectivo, donde me hallaba medio recostada sobre el asiento, con las bolsas de la comida para mis gatos. Creí que iba a hablarme, pero tocó el timbre para descender. Eso sí, antes de bajar, me miró y volvió a sonreírme. De improviso le dije:

—¿Y qué va a hacer?, si una no habla es como si no existiera.

El muchacho, si bien no dejó de sonreír, se encogió de hombros sin entenderme. Luego descendió del colectivo.

Intenté recordar de dónde lo conocía, de cuándo. Pero fue en vano. De una sola cosa no me cabían dudas: ese joven era hijo mío.

Aleana, la madre del mundo

Yo nací sola.

He sido hija y madre al mismo tiempo. Me parí yo misma. Y tenía un hermano-hijo cuando a los doce años tomaba el tren que me llevaba a la Capital y rescataba a Felipe de las garras de las tías ricas y lo traía nuevamente al rancho.

Y alimentaba a mis padres-hijo cuando iba con la olla grande hasta el cuartel cercano a pedirles comida a los militares.

Y era madre de mi padre, cuando él rompía lo que tenía a mano, peleando con mamá hasta que llegaba yo. Mi aparición lo petrificaba y lo demolía. Me respetaba cuando le clavaba mis ojos añeros en sus ojos de hombre fracasado, porque yo era su madre y él, de alguna oscura manera, entendía el misterio. Lo aceptaba como a su destino, como al alcohol.

Y era madre de mi madre cuando la consolaba en las tardes tristes que la pobreza nos prodigaba con irónica generosidad.

Y era mujer cuando escupía la cara de los soldados seductores y repugnantes que exigían un pago especial a cambio de la olla de comida.

He sido la madre de toda esa familia entrañable cuando me trepaba por el techo acumulando laterío y maderas para evitar que se filtrara tanta agua y cuando arreglaba la mesa y las sillas después que pasaba la furia de mi padre-hijo.

Y he sido la madre del pueblo el día que no pude defenderme y el grupo de los bravos del barrio Podestá me atrapó una tarde siniestra e imborrable. La tarde en que conocí el sexo y el amor apretados al odio, rodeados por el odio. El amor embarrado de odio, de asombro y de espanto. Y he sido la madre del pueblo cuando al caer la noche, a escondidas, arrancaba pasto para limpiarme la sangre que se me pegoteaba por las piernas. Y he sido la madre de todos esos muchachos ansiosos que se agitaron sobre mí esa tarde feroz detrás del cementerio.

Y he sido la madre del universo al nacer entre la miseria y la muerte.

Y no tenía ningún secreto la vida para una niña que se agachaba a cagar sobre los muertos, sobre los esqueletos del abuelo y de la abuela.

Y he sido también la madre de los muertos.

Por eso, después de tanto parir no me cabían dudas de que me había parido también a mí misma.

Ahora la vida me queda chica. La vida es poca cosa, hoy, ya tan lejos en tiempo y distancia de aquella niñez que no me parece mía, que no me pertenece, que en realidad no es mía. Eso no fue niñez, fue un vientre oscuro, más oscuro que el de una madre. Un vientre cargado de terror y de sangre, en donde la sabiduría del mundo me llegaba por el cordón y me penetraba implacablemente.

No he tenido tiempo para ser niña. Me gesté como un monstruo y nací vieja, de vuelta ya de las cosas de la vida. Por eso puedo sobrevivir a cualquier catástrofe, estoy hecha para vivir milenios.

Estoy segura de que si quisiera podría vivir eternamente; pero no lo deseo, solamente una mujer imbécil podría anhelar la prolongación de su existencia. Lo que una desea es modificar la inauguración, el debut, la obertura de la vida. Otra infancia, una juventud más digna, más feliz. O si

no, una amnesia tan cierta que borrara también las cicatrices, las marcas a fuego. No, yo no quiero vivir más. Pero tampoco deseo morir, porque sé, verdaderamente sé, que no moriré en paz, que no tendré una muerte serena.

Eso me lo dijo doña Paloma: «Lo que empieza mal, termina mal y no hay remedio».

Entonces hoy, pese a todo, tengo miedo como siempre porque la inteligencia nunca me ha liberado del terror.

He pronosticado siempre los desastres, pero nunca he podido evitarlos. Me fue concedida la clarividencia, pero me fue negado el valerme de ella para esquivar las desgracias.

Voy a escribir. Voy a contarlo todo sin lastimarme. Y si ese editor amigo de Felipe piensa pagarme unos pesos por contar mi asquerosa vida, ¿por qué no habría de hacerlo? Si al final de cuentas, soy mujer y si bien ya no sueño con el matrimonio y estoy bastante achacada, igualmente me gusta pintarme los labios y teñirme de pelirroja y para eso hacen falta muchos pesos, aunque me muero de ganas de tener una peluca. Probablemente sea eso lo que haga con el dinero, si ese amigo de mi hermano-hijo me paga lo suficiente. El vestido a lunares esperará hasta el próximo milagro.

Estoy dispuesta a escribir lo que me pidan, aunque escribir no es tan agradable como decir discursos, porque cuando una escribe se da más cuenta de que está sola, pero igualmente escribiré lo que me pidan. A esta altura, puedo recordar lo más repugnante sin llorar, como si se tratara de la vida de otra. Aunque aún sigo llorando, pero lo hago por el futuro: por lo que ya pasó no he vuelto a llorar. A veces cuando me miro las marcas... no... no me acuerdo de lo que pasó. Me acuerdo, pero como si fuera de otra mujer. Puedo hablar de lo más tremendo sin conmoverme. Y si me pagaran muchísima plata, contaría cosas que ni siquiera mi familia-hija llegó a conocer, pero que allá, en aquel pueblo, hasta posmuertos se sacudían al enterarse. Las cosas que

me sucedían yo se las contaba nada más que a los muertos y a Doña Paloma, y ella era más garantía de discreción que los mismos muertos. Por las tardes, nos sentábamos sobre las tumbas a tomar mate, yo le contaba toda agitada las cosas que me sucedían y las cosas que veía y ella me hablaba cosas que yo entendía, pero que no sabía cómo decírselas a los otros y me daba rabia porque se trataba precisamente de lo más importante, era la sabiduría de la vida.

No pude evitar que Felipe se criara entre las tías porque a la media hora de que yo lo había traído de regreso al pueblo, caían ellas con su Ford, lo metían dentro y se lo volvían a llevar. Otras veces llegaban al rancho antes de que nosotros dos bajásemos del tren, veíamos el Ford estacionado, pero igualmente descendíamos y avanzábamos hacia él, arrastrados por la profunda convicción de lo infranqueable o de puro changos educados para el sometimiento a los dueños del dinero. Había días en los que la parte de mi sangre no contaminada por ese espíritu de sumisión al que obliga la indigencia, se resistía a bajar en esa parada. Eran días en que me daban ganas de seguir con el tren hasta lo más lejano, hasta algún lugar donde pudiera iniciar una vida nueva junto a mi hermano-hijo. Imaginaba la vida en paisajes donde la chatura del cementerio y los ranchos cedía paso a montañas y bosques altísimos, y la laguna de aguas estancadas daba sitio a la purísima inmensidad azul de un océano.

Pero siempre acababa descendiendo, entregando a Felipe y hundiendo más aún mis raíces frente al cementerio. La causa última que me impulsaba a no concretar esos viajes promisorios y a ceder en la lucha contra las ladronas de hermanos, no era mi debilidad de niña, sino mi conciencia de madre.

No podía abandonar a mis dos padres-hijos. ¿En quién se apoyaría papá-hijo para volver del club de bomberos de

Podestá hasta el rancho, medio borracho y con la amargura de haber perdido sus escasos fondos en la timba? ¿Quién lograría frenarlo en el punto justo para que cuando le pegaba a la vieja no terminara matándola? ¿Y quién arreglaría la casa y atendería a mi madre-hija puro ojeras, machucos y enfermedades?

Por eso yo dejaba que se lo llevaran las inglesas; en realidad, sabía que ellas lo cuidaban bien y lo inscribían en colegios de curas y lo hacían fino. Pero cuando me asaltaba la rabia de madre genuina y mi sangre inmune a la resignación aceleraba su compás, nada podía detenerme hasta que no hubiera liberado a Felipe.

Y así vivía amontonando las piezas de un grupo familiar que siempre acababa desparramándose por no contar con una casa que fuera una casa, un padre que fuera un padre, una madre que fuera una madre, un hijo que fuera hijo y una hija que fuera nada más que una hija. Éramos un río abierto en cuatro brazos que se unían o separaban según los accidentes del terreno. Así como los rateros se asocian o se distancian siguiendo la ley de supervivencia de los perseguidos.

Parece extraño que alguien haya puesto tanto empeño en mantener unida una familia como ésta. Pero era la única familia mía, mi mundo íntimo, entrañable, mi familia-hija. Estaba, además, acostumbrada a oír aquello de que cada casa es un infierno, y entre las casuchas que nos rodeaban aquello era cierto como el fuego y el agua, aunque el agua allá no era muy cierta, a no ser la de la laguna de atrás del cementerio, estancada y podrida.

Felipe salió fino, como lo quisieron ellas, pero también salió bueno, porque la sangre no pudieron cambiársela. Quisieron hacerlo usurero igual que ellas, pero fallaron. Mi hermano-hijo es bueno, me dio esta casa para vivir hasta que quiera, y justamente es la misma casa de donde lo arrebaté tantas veces en mis vanos intentos de tener una familia completa.

Él me deja vivir aquí, aunque su mujer, a quien yo no he parido, insiste en internarme en una clínica, como si yo estuviese enferma, para poder alquilar este caserón y llenarse más de dinero. Pero él me deja vivir aquí, aunque mis sobrinos, a quienes tampoco parí yo, opinen igual que su madre, sólo que ellos pretenden este caserón para sus orgías, si bien hablan de «taller» o «lugar de estudio». ¡Cerdos!

Pero mi hermano no va a aflojar, y menos ahora que le prometí escribir toda mi vida. «Especialmente las partes más crudas —me dijo—, ésas son las que le interesan a la gente».

Hasta hace unos años, a él le gustaba oírme, se preocupaba por saber cómo había sido mi vida y la de sus padres allá, frente al cementerio. Yo pensaba que ese interés obedecía a otra cosa, creía que era su manera de expiar la culpa que le producía haber crecido entre puntillas, mientras yo pudría mis raíces en una tierra desolada, ignorante de los progresos de la civilización. Pero, en fin, yo lo comprendo, yo comprendo todo lo que salió mágicamente de mi ser. Él pertenece al mundo que evoluciona, está en ese mundo, en cambio yo solamente lo siento girar, girar y sacudirse como una vez, sobre mí, se sacudieron sus héroes.

Felipe salió bueno, pese a todo, salió bueno.

Yo soy una mujer moderna, si se entiende por ello el hecho de que nada me espanta.

Si mis sobrinos descendieran de su estúpida soberbia y se acercaran a conversar conmigo se sorprenderían, a no ser que ellos sean de los que por el aspecto exterior se una mujer, la cataloguen enseguida de vieja delirante.

Si supieran qué lejos estoy de la demencia; si me escucharan unas horas, un rato, un instante apenas... Si pudieran ponerse en mi lugar, echar una ojeada al mundo desde este infecundo y aislado pedestal en que me colocó la vida...